

Rafael Larco Hoyle

En plena producción, lleno de programas, trabajando incansablemente —quizá, para su corazón maltrecho, demasiado—, rodeado de su inmensa colección y corrigiendo las pruebas de su última monografía, la muerte sorprendió a Rafael Larco Hoyle, una de las primeras figuras de nuestra Arqueología.

Contra la recomendación de los médicos, Larco intensificó sus programas en los últimos años, tratando, quizá —por un extraño anticipo de lo que se venía—, de subsanar el inconveniente insubsanable de la muerte.

Sus últimos libros tienen carácter de coronación. Gracias, entonces, al postrer esfuerzo de su vida, ha quedado claramente expuesto su pensamiento en torno a la prehistoria del Perú.

Si fue primero coleccionista o antes arqueólogo, eso no interesa. Lo que importa es que, por este o aquel camino, fue un gran arqueólogo, con doctrina propia, con dedicación insuperable y con obra inmensa.

Ha dejado, además de sus libros, el museo que lleva el nombre de su padre, Rafael Larco Herrera. De esta colección se puede decir, sin ápice de exaltación patriótica, sin exageración nacionalista, que es, en su género, una de las mejores del mundo. Larco la hizo, además, laboratorio y santuario. Pocos ambientes mejores para ahondar en el Perú antiguo, que éste del *Museo Larco Herrera*.

Desde 1926, Larco se dedicó a coleccionar, y en este empeño invirtió una fortuna. Desde luego, las piezas no sólo iban a los anaqueles de exhibición sino al laboratorio, porque él coleccionaba para estudiar. Su interés principal estaba no en las vitrinas, viéndolas colmadas y formando un gran tesoro de arte precolombino, sino en el Perú, auscultándolo, yendo a sus raíces profundas.

Entró a la Arqueología después de Tello, pero los dos, sin acuerdo pero aunados en el propósito, trabajaron en el mismo edificio, cuyas piedras básicas antes había colocado Uhle. De sus ideas tuvo convencimiento absoluto; y, porque todo lo veía claro, las cosas de la ciencia venían como la esperaba. Una manera de mago, no intuitivo sino razonador.

Tuvo la suerte de poder trabajar al margen de los dictados de la administración pública, y así ganó tiempo.

Fue arqueólogo de laboratorio y de campo. En el Norte practicó fundamentales excavaciones, que le llevaron a una nueva concepción sobre el origen y desarrollo de las culturas peruanas. Sus hallazgos en Cupisnique

le permitieron cambiar el cuadro señalado por Tello en lo tocante a Chavín. Además, relievó el papel de los pueblos costeos en la gestación de la cultura antigua.

Uno de sus méritos principales está en la investigación del precerámico. Fue uno de los que abrió la puerta, y debe mencionársele, por lo tanto, junto a Bird, el descubridor de los cuatro mil años de *Huaca Prieta*. Además, sus hallazgos en las pampas del Norte le revelaron, también, las fases primordiales preagrícolas de los recolectores y cazadores paleolíticos. El aporte de Larco, por consiguiente, es de primera importancia en la determinación, lograda sólo hace poco, de la verdadera profundidad cronológica del Perú, la que ya tiene señas de diez mil años.

Al dogmatismo de Tello, Larco respondió con el suyo propio, y ambos, naturalmente, polemizaron. Fue duro pero siempre llamó a Tello *maestro*. Con los seguidores de Tello fue indiferente.

Apartado de la bulla, sin aspavientos, eludiendo la publicidad —algo más para admirarlo—, Larco hizo de su museo un refugio, en el que gozó de ese necesario silencio que exigen los programas serios. No se prestó jamás a las salidas sensacionales y repudió esa manera tan en boga en nuestros días de hacer de la ciencia una suerte mixtificada de ejercicio teatral.

Todos sus libros salieron recatadamente, casi con maneras temerosas, como se presenta en el mundo el que realmente vale, o como llega la palabra que tiene mensaje.

Su primera gran obra fue sobre los *mochicas*, pero toda ella no vio la luz. En los últimos años revisó originales, reestructuró capítulos y alistó el nuevo texto. Sabemos que esta obra va a salir, editada por la familia. La familia se ha propuesto publicar los libros inéditos del gran arqueólogo, y este empeño es muy plausible y la cultura nacional habrá de agradecerlo.

Las últimas preocupaciones de Larco giraron en torno a la cerámica Vicús, de la que ha dejado una notable colección, y a los *queros* de fines del imperio inca y época de la transición. A poco de su muerte apareció un libro sobre el estilo Vicús, cuyas pruebas de imprenta él corrigió días antes de caer.

Las épocas peruanas, libro breve pero enjundioso, contiene el pensamiento del arqueólogo, su ensayo de cronología y el esquema general de la prehistoria. Larco trabajó principalmente con la cerámica, para él como para la generalidad, el elemento diagnóstico más claro y eficaz.

Larco alcanzó a ver *Arqueología del Perú* en inglés mas no la edición en castellano, que apenas llegó a mediados de este año. Libro bellissimo, con inimitables láminas, es un compendio donde el autor condensa sus cincuenta años de estudios. Esta es la obra capital de Larco.

Para un público más general es *Checán*, con un texto notable y láminas magníficas. Trata con delicadeza y recto juicio científico un tema escabroso.

Para conocerse en sus fundamentales contribuciones a la ciencia, han quedado sus libros y sus muchos folletos, así como su numerosa pro-

ducción menor aparecida en periódicos y revistas del país y de fuera. Para recordársele y honrárselo, como por gratitud a su inmensa obra peruanista merece, ha quedado su museo, laboratorio y santuario, donde se siente el Perú. Este museo es una de las más grandes obras que peruano alguno ha hecho por el país. Tesoro por su valor y monumento por los alcances de su mensaje. Cincuenta mil *huacos*, valiosísimas piezas de oro, innúmeros paños y otros tejidos: el arte de la piedra, del barro, de los metales; la técnica y el arte; la maravillosa obra de los antiguos peruanos; un conjunto como no hay otro. El *Museo Larco* conservará siempre el recuerdo de este gran peruano.

H. Buse.